

CAPÍTULO II.

CONVERSION DE LOS BÁRBAROS.

§ I.—La invasión de los Bárbaros y la extensión del cristianismo.

Hemos asistido á la lucha secular del cristianismo contra el mundo antiguo (1); al tiempo de la invasión, aquella lucha había cesado. El cristianismo parecía vencedor cuando más bien estaba vencido, porque había necesitado plegarse á las costumbres de la sociedad antigua; é inficionado con la corrupción romana, perecía con el imperio. Mas hé aquí que llegan los Bárbaros: no se sabe si han venido para conquistar el mundo ó para abrazar la fe cristiana. Su conversión fué tan fácil, tan rápida, que se ignora la época y las circunstancias en que se verificó. ¿Cuándo se hicieron cristianos los Vándalos, los Suevos, los Alanos y los Lombardos? No se sabe. La tradición refiere que el terror inspirado por la invasión de los Hunos impulsó á los Borgoñones á buscar un apoyo en el Dios de los cristianos. Entre los Godos, fueron los prisioneros los que esparcieron la primera semilla del Evangelio, y la nación se convirtió en masa cuando, empujada por los Hunos, recibió hospitalidad en el territorio del imperio.

(2) Véase la cuarta parte de mis Estudios.

Los pueblos bárbaros abrazaron la fe cristiana en una época en que el arrianismo era la secta dominante, y se hicieron arrianos. La conversión de los Francos fué la que fundó el catolicismo. Se ha dicho que Clodoveo no recibió el bautismo más que por conciliarse con las poblaciones católicas, y, por lo tanto, enemigas de los Borgoñones y de los Visigodos que reinaban al Oeste y al Mediodía de la Galia (1). Nosotros creemos que las grandes cosas no se hacen por los cálculos del egoísmo y de la hipocresía. La conversión de Clodoveo fué nada ménos que la iniciación del mundo germánico en el Evangelio y en la civilización. Si el Bárbaro no se movió por la pureza de la moral evangélica, fué impresionado por el poder del Dios de los cristianos; de todos modos fué un sentimiento religioso el que le hizo doblar la cabeza bajo la mano de San Remy; tras él fueron todos los Francos al bautismo, y el arrianismo desapareció, y el mundo bárbaro se encontró hecho católico.

(1) PLANK, *Geschichte der christlichen Gesellschaftsverfassung* t. II, p. 44.

La facilidad de las conversiones revela el lazo íntimo que existe entre el cristianismo y los Bárbaros. Espantados por las calamidades que acompañaron á la invasión, los Romanos, en su desaliento, negaron el gobierno de la Providencia; un escritor eclesiástico, inspirado por San Agustín, respondió á los cristianos débiles: "Ved la Iglesia de Cristo esparcida por Oriente y Occidente, los Hunos, los Suevos, los Vándalos, los Borgoñones, pueblos innumerables convertidos al Evangelio, y prosternados ante los designios de Dios; alabad y exaltad su misericordia," (1). Los Bárbaros eran los auxiliares enviados por Dios para barrer los despojos del paganismo antiguo y para fundar la Iglesia católica. Su genio sencillo y puro se acomodaba mejor al cristianismo que la sociedad culta, pero corrompida, del imperio. Por otra parte, la religión de los Germanos estaba más cerca del Evangelio que el politeísmo romano; los dioses del Norte resistieron menos á la predicación cristiana que los dioses gastados y decaídos del Olimpo. Las creencias de los Germanos, poco desarrolladas, cedieron pronto á la acción de una creencia perfectamente acentuada que se confundía con la civilización romana; los vencedores tomaron la religión de los vencidos, del mismo modo que adoptaron su derecho, su cultura y su idioma. La pompa del culto católico tenía además un gran atractivo para la sencilla imaginación de los Bárbaros. Cuando Clodoveo recibió el bautismo, todas las calles de Reims estaban tapizadas, el suelo cuajado de flores y se quemaban perfumes en abundancia; el obispo, vestido de pontifical, iba al lado del rey franco, á quien llamaba su hijo espiritual: "Patrono, le dijo éste, maravillado de aquel espectáculo, ¿es ese el reino de los cielos adonde has prometido llevarme?" (2). También influyeron en los Bárbaros motivos más terrenales, el interés político y el deseo de atraerse á las poblaciones vencidas; pero estos motivos son secun-

(1) OROSCO, *Hist.*, VII, 41: «Si ob hoc solum Barbari Romanis finibus inmisci forent, quod vulgo per Orientem et Occidentem Ecclesia Christi Hunnis, Suevis, Vandalis et Burgundionibus, diversisque et innumeris credentium populis replentur, laudanda et attollenda Dei misericordia videretur.»

Ese mismo pensamiento se halla en el tratado de *Vocatione Gentium* (II, 3), atribuido á SAN PRÓSPERO: «Ea omni gente, ea omni conditione adoptantur quotidie millia senum, millia juvenum, millia parvulorum, et affectibus gratiae christiana, etiam ipsa quibus mundus teritur, arma famulantur.»

(2) *Gesta Francorum*, ad a. 496 (BOUQUET, III, p. 9).—*Vita Remyi*, en BOUQUET, t. III, p. 337.—THIERRY, *Hist. de la conquête de l'Angleterre*, lib. I.

darios; no llevemos nuestros cálculos á una edad en la cual era ciega la fe, pero por lo mismo más desinteresada que la nuestra.

Los Bárbaros que han invadido el imperio se hallan convertidos; pero hay todavía un mundo bárbaro allá en el Norte de Europa. El cristianismo encuentra una violenta oposición en las poblaciones paganas de la Alemania, de Dinamarca y de Suecia. ¿Por qué los pueblos germánicos, que durante la invasión se someten con tanta facilidad al bautismo, se aferran tan fuertemente en su patria al culto pagano? Es porque la lucha, más bien que religiosa, era política. El paganismo es una religión esencialmente local, y se confunde con la naturaleza exterior, á la cual diviniza: son las fuentes, los árboles, las rocas, las que se convierten en templos dentro de los que se concentra la fe. Los Bárbaros que abandonaban su suelo natal dejaban también en él, hasta cierto punto, los dioses de sus antepasados, mientras que los pueblos que permanecían en sus hogares tenían ante su vista á los dioses vivos (1); el Dios nuevo que se les anunciaba tenía que luchar allí con las divinidades nacionales. Y no sin razón los pueblos del Norte recibían con desconfianza la *buena nueva*: el cristianismo era para ellos como el precursor de la dominación extranjera, puesto que venía al lado ó en pos de las huestes francas; fué necesario que los apóstoles sellasen la fe con su sangre, y su heroísmo fué el que dobló á los hombres indomables del Norte.

Los misioneros han sido alternativamente glorificados y despreciados. Oigamos al poeta del cristianismo: "Hé aquí otra de las grandes ideas, dice *Chateaubriand*, que pertenece exclusivamente á la religión cristiana. Los cultos idólatras han ignorado el entusiasmo divino que anima al apóstol del Evangelio. Los antiguos filósofos mismos no dejaron jamás las delicias de Atenas para ir á humanizar al salvaje é instruir al ignorante, cosa que los religiosos cristianos han hecho y hacen aún todos los días. Los mares, las tempestades, los hielos del polo, el calor abrasador del trópico, nada les detiene; no hay isla ni escollo en el Océano que haya escapado á su celo; y así como en otro tiempo faltaban reinos á la ambición de Alejandro, falta la tierra á su caridad."

(1) GIBBON, *Memorias*, t. II, p. 235.—LEBELL, *Gregor von Tours*, p. 266.

Pongamos enfrente de ese cuadro poético las recriminaciones de los escritores protestantes. Los que predicaron la palabra de Dios á los Anglo Sajones, á los Germanos, á los Daneses, á los hombres del Norte, eran monjes; ¿y podrían, siendo monjes, estar animados de sentimientos puros y elevados? El odio al monaquismo ciega á los historiadores de la Reforma, los cuales atribuyen á los misioneros los vicios de que adolecían los religiosos del siglo XV: orgullo, ambición, codicia é ignorancia (1).

A nosotros nos es más fácil ser justos en nuestras apreciaciones que á los escritores católicos y protestantes. No, las misiones no son una idea nueva que pertenezca al cristianismo; muchos siglos antes de ser predicado el Evangelio, tuvo el budhismo sus misioneros, que estuvieron animados de una caridad tan ardiente como la de los discípulos de Cristo. Pero lejos de rebajar el mérito de los hombres que han abierto en la Europa las vías de la civilización, nosotros preferimos la exageración del entusiasmo á la estrecha é injusta censura del espíritu de partido. Los Gregorios, los Bonifacios, los Anscarios merecen ser colocados entre los santos del catolicismo; merecen todavía más; ellos han sido los bienhechores de la humanidad.

§ II.—Conversión de la Inglaterra.

Explicaba San Gregorio al pueblo romano las profecías de Ezequiel, cuando llegó á sus oídos que los Lombardos habían pasado el Po para sitiar á Roma. La desolación de la Italia entregada á los Bárbaros arrancó al gran pontífice un grito de dolor: "¿Qué hay en este mundo que nos pueda complacer? Por todas partes no vemos más que el duelo; en todas partes no oímos más que gemidos; las ciudades destruidas, las campiñas despobladas, la tierra convertida en una soledad. No hay ya un labrador en los campos ni casi un habitante en las ciudades, y aun estos miserables restos del género humano se ven maltratados á cada momento y sin cesar. ¿Qué hay, pues, en esta vida que pueda regocijarnos? Roma misma, otras veces la señora de las naciones, ¿en qué estado se encuentra! Abandonada por sus ciudadanos, insultada por sus enemigos, cubierta de ruinas... ¿Dónde está el Se-

(1) MOSHEIM, siglo VII, 1.ª parte, c. 1, § 4.

nado? ¿Dónde está el pueblo? Mas ¡qué digo!... Los edificios mismos se derrumban, las murallas caen..." (1).

Roma convertida en ruinas, el imperio en ruinas: Gregorio se cree en vísperas de la consumación final. Pero aquello no es más que el fin del mundo antiguo; otro mundo se inaugura, y en esa nueva edad, todavía será Roma la señora de las naciones, y su dominación se extenderá aún más lejos que las armas del pueblo rey. El genio romano se pone al servicio de la propaganda cristiana; Roma ya no tiene legiones, pero tiene soldados más heroicos, monjes que van á arrostrar la muerte en medio de poblaciones semisalvajes. San Gregorio, que deplora la decadencia de la antigua Roma, es el que comienza la grandeza de la nueva Roma; él es el que da el impulso á la propaganda con la conversión de la Inglaterra.

Los comerciantes del Asia Menor habían ya llevado el cristianismo á las Islas Británicas; pero la guerra había destruido lo que el comercio había sembrado. Paganos medio salvajes, los Anglo Sajones arruinaron á la Iglesia cristiana; la Inglaterra volvió á caer en el paganismo. San Gregorio tuvo la ambición de ser el apóstol de los Ingleses. Hijo de un senador, descendiente de emperadores y de cónsules, empleó su fortuna en fundar monasterios, y él mismo abrazó la vida monástica. Pasando un día por el Foro, "vió puestos en venta unos chicos extranjeros que le impresionaron por la blancura de su cuerpo, la belleza de su semblante y el color claro de sus cabellos; preguntó al mercader de esclavos de dónde eran, y le respondió que de la isla de Bretaña.—¿Son cristianos esos insulares? preguntó Gregorio.—Son todavía paganos, contestó el mercader.—¡Oh dolor! exclamó Gregorio, ¡frentes tan hermosas contienen una inteligencia todavía privada de la gracia intrínseca de Dios!—Volvió á preguntar á qué nación pertenecían, y el mercader volvió á decirle que eran Ingleses (*Angles*). Gregorio, deteniéndose en la palabra, cuya pronunciación latina casi se confundía con la de *ángeles*, dijo: "Están bien llamados, porque tienen semblantes angelicales y así deben de ser en los cielos los hermanos de los ángeles." Movido de compasión, al ver privada de las luces de la fe

(1) GREG. MAGN., *in Ezechiei. homil.*, II, 6, 22 y sig. (t. I, página 1374).

una raza tan noble, Gregorio se consagró á su conversión. Ya se había puesto en camino, cuando el rumor de su partida sublevó al pueblo, del cual era muy querido por su energía y por sus virtudes (1), y Gregorio se vió obligado á retroceder.

Pero por más que no pudiese el mismo Gregorio llevar á los Anglo-Sajones el Evangelio, no por eso deja de ser el apóstol de Inglaterra: "Nosotros somos la marca de su apostolado", dice el venerable Beda (2). Elegido papa, continuó la obra de conversión, y envió á Agustín, prior de un monasterio que había establecido en su palacio del monte Aventino, con cuarenta compañeros y á través de la Galia, á la isla que los Romanos miraban como el último límite del mundo. Cuando llegaron á las Galias, faltó á los monjes el valor; y no atreviéndose á trasladarse á un país lejano y bárbaro y á un pueblo salvaje cuyo idioma ignoraban, pidieron permiso á Gregorio para volverse á Roma. El papa los reanimó fervorosamente, mostrándoles la felicidad eterna como recompensa de sus trabajos (3). Gregorio solicitó la protección de los reyes francos y de Brunequilda en favor de los misioneros, y se lamentó de que los obispos más próximos á los Anglo Sajones no hicieran nada para convertirlos (4). Los papas, poniéndose al frente de la propaganda, echaron los cimientos de su futura grandeza. ¡Al más digno el imperio!

Gregorio dirigió sus monjes á Eteberto, rey del país de Kent, el más poderoso de los jefes anglosajones. El papa procuraba estimular su ambición: "Dios protege á los príncipes que propagan el Evangelio; Constantino llegó á ser el más grande de los emperadores por haber recibido el bautismo. El rey anglo-sajón será el Constantino del Norte, si destruye los templos de los ídolos." Gregorio tuvo buen cuidado de añadir que la nueva religión propendía á reformar las costumbres, y que al rey correspondía dar el ejemplo á sus súbditos de las virtudes cristianas (5). Los intérpretes francos que los señores de las Galias habían dado á Agustín se presentaron á Eteberto y le dijeron que hombres venidos de muy lejos le traían la

oferta de un reino sin fin, si quería creer en sus palabras. "Hé ahí unas promesas bonitas, dijo el rey bárbaro á los Romanos; pero como todo eso es para mí completamente nuevo, no puedo por de pronto darles crédito y abandonar la creencia que profeso con toda mi nación. Sin embargo, como habéis venido de tan lejos para comunicarnos lo que vosotros mismos, si no me engaño, creéis útil y verdadero, no os maltrataré. Os suministraré provisiones y habitación, y os dejaré libres para esparcir vuestra doctrina y persuadir á los que podáis" (1). La santa vida de los religiosos ganó prosélitos á la fe que predicaban: "Vivían, dice Beda, como los apóstoles de la primitiva Iglesia, despreciando las cosas del mundo y no recibiendo de sus discípulos nada más que lo absolutamente indispensable para su existencia, dispuestos á sufrirlo todo, la muerte misma si era preciso, por Jesucristo. Admirando la sencillez y la inocencia de los misioneros, muchos habitantes creyeron y se hicieron bautizar, atraídos por la dulzura de la doctrina celeste que inspiraba los discursos y la conducta de aquéllos" (2). El cuadro está idealizado; verdad es que la obra de la conversión fué lenta, puesto que duró más de un siglo.

La nueva de los primeros triunfos trasportó de alegría á Gregorio: "Ved ahí, exclamó, que la lengua de la Bretaña, que no conocía más que sonidos bárbaros; ha comenzado á celebrar las alabanzas de Dios en los cánticos hebreos. Ved ahí al Océano, antes enfurecido, humillando sus olas y sometiendo á los pies de los santos; y las pasiones bárbaras que los príncipes de la tierra no habían podido domar con el hierro, ved ahí que la boca de los sacerdotes las encadena con sus palabras." Gregorio escribió al patriarca de Alejandría: "El Evangelio ha llegado hasta el fin del mundo, á un pueblo que adoraba las piedras y los árboles. Los misioneros marchan por la senda de los apóstoles, y hacen milagros. En un solo día han bautizado más de 10.000 ingleses." Roma cristiana se vanagloria de la conversión de un pueblo bárbaro, como Roma pagana se envanecía con la victoria de sus legiones. Los Romanos elevaron hasta las nubes á la reina por cuya influencia sobre Eteberto se ha-

(1) MIGNET, *La Germania* en el siglo VIII, según BEDA, *Historia eclesiástica*, II, 1.—PAUL. DIAC., *Vita Greg. Magni*, c. 17-19.

(2) BEDA, *Hist. ecl.*, II, 1.

(3) BEDA, *Hist. ecl.*, I, 24.—GREG. MAGN., *Epist.* VI, 51 (tomo II, p. 829).

(4) GREG., *Epist.* VI, 58 y sig. (t. II, p. 834).

(5) BEDA, *Hist. ecl.*, I, 22 (trad. de THIERRY).

(1) BEDA, *Hist. ecl.*, I, 25.

(2) BEDA, *Hist. ecl.*, I, 25.

bía ensanchado el camino á los misioneros: "los ángeles del cielo, dice Gregorio, se regocijarán de lo que ella ha hecho por Jesucristo," (1).

La conversión de Inglaterra, que causó la alegría y la admiración de la cristiandad, ha sido rebajada por el espíritu de secta, calificándola de obra supersticiosa de la ambición. Agustín, dicen los escritores protestantes, sólo inspiró á los ingleses afición al monaquismo y á la mojigatería. El gran pontífice, que fué el alma de la misión, ha sido aún peor tratado, pintándosele como un hombre supersticioso y pobre de inteligencia, que cifraba toda la religión en las ceremonias exteriores (2); no merece el nombre de Grande, dicen, más que por la grande decadencia de la religión (3); la conversión de la Inglaterra fué debida, más bien que al celo del papa por la fe cristiana, á su ambiciosa pretensión de extender el poder pontificio (4). Los libre-pensadores y los incrédulos se han mostrado más justos que los protestantes. Gibbon, al tratar de Bárbaro á Gregorio porque desdeñaba las letras antiguas, confiesa, sin embargo, que la conversión de Inglaterra fué una conquista más gloriosa que la de César. Gregorio el Grande, dice Voltaire, mereció por sus virtudes el título de obispo universal que él rehusaba humildemente.

El sentimiento que inspiraba á Gregorio era el amor de Jesucristo, la caridad (5); quería, como los apóstoles, llevar la palabra de vida adonde quiera que hubiese pueblos en las tinieblas de la muerte. No sospechaba siquiera en que trabajaba por la grandeza del papado; el único propósito de Gregorio era la salud de las almas que iban á presentarse ante su juez en el próximo día de la consumación final (6). ¿Qué ambición había de animar á un hombre que se consideraba en vísperas del fin del mundo? Y, en efecto, había un mundo que finalizaba, la antigüedad, pero esa muerte

(1) GREGOR., *Moral.*, xxvii, 11, 21 (t. I, p. 862).—*Epist.*, viii, 30 (tomo II, p. 918); xi, 28, 29 (*Ib.*, p. 1100, 1113).

(2) BRUCKER, *Hist. crit. philos.*, t. III, p. 561-564.

(3) HENKE, *Geschichte der christlichen Kirche*, t. I, p. 473.

(4) Tal es el color con que A. THIBERTY pinta á San Gregorio.

(5) GREG., *Epist.*, xi, 28, ad Augustin (t. II, p. 1110): *Gloria in excelsis Deo, quia granum frumenti mortuum est, cadens in terram, ne solus regnaret in caelo, cujus morte vivimus, cujus infirmitate roboramur, cujus amore in Britannia fratres quos ignorabamus.*

(6) En su epístola al rey Etelberto (BRDA, *Hist. ecl.*, I, 32), dice GREGORIO: «Las palabras de Dios en la Sagrada Escritura aseguran que el fin del mundo está próximo.»

era el principio de una nueva vida. Dígase lo que se quiera de la superstición de Gregorio, es cierto que inauguró una nueva época de civilización al extender la luz de la fe por el Occidente.

§ III.—Conversión de la Alemania.

San Bonifacio (1).

Los Anglo-Sajones se glorian de haber llevado el Evangelio á los pueblos paganos de la Alemania (2). Una parte de esa gloria debe atribuirse al gran papa que tomó la iniciativa de la propaganda cristiana. Los monjes romanos iniciaron á la Inglaterra en la vida intelectual así como en la vida moral; y gracias á ellos, la Bretaña vino á ser el foco de una gran cultura para la Europa. De allí sacó Carlomagno sus maestros para instruir á las Galias, y antes de él habían pasado espontáneamente misioneros de las Islas Británicas para predicar el Evangelio á sus hermanos de Alemania.

Estaban abrasados, dice un biógrafo, de aquel ardiente fuego del cual ha dicho el Señor: *Yo he venido á echar fuego á la tierra* (3). En el siglo VIII, multitud de aquellos monjes atravesaron el Océano para convertir á la fe cristiana los pueblos germánicos que habían fundado los reinos anglo sajones en la isla de Bretaña, y los colonos traían el Evangelio á la madre patria como tributo de su piedad filial. Uno de aquellos religiosos, Winfriedo, de sobrenombre Bonifacio, se granjeó, por una misión de treinta años, el glorioso título de apóstol de la Alemania. Bonifacio se aprovechó de los conocimientos que los misioneros romanos habían comunicado á los Anglo-Sajones. Siendo todavía joven, fué encargado de la enseñanza, y multitud de monjes concurrían á sus lecciones. Reunía á su mucha instrucción un gran talento, y su reputación le designaba para los primeros cargos de la Iglesia; "pero, despreciando las grandezas humanas, solamente deseaba saber dónde po-

(1) *Vida de San Bonifacio*, por WILLIBALDO, su discípulo (PERTZ, t. II).—*Vida de San Bonifacio*, por OTHLON, monje benedictino (MABILLON, *Acta Sanct.*, sec. III, p. II, p. 2-88).—*BONIFACII Epist.*, ed. Serrarius, 1629.—MIGNET, *La Germania en los siglos VIII y IX.*

(2) Carta del obispo CUTHBERT (*Bonif.*, *Epist.*, 70, p. 94.)

(3) Palabras del monje JONAS (MABILLON, *Acta Sanctior. Ord. Bened.*, sec. II, p. 9.)

dría llevar más lejos la gloria de Cristo." Una inspiración divina le mostró el camino siguiendo el cual debía encontrar el martirio (1).

Para formarse una idea de la magnitud de su empresa, hay que fijarse en el estado de la Germania durante el siglo VIII. La Alemania se encontraba todavía inculta y bárbara; los misioneros caminaban días enteros sin encontrar más que desiertos llenos de bestias bravas, y los hombres eran tan salvajes como el país que habitaban. Bonifacio escribió al abad Huetberto para que le ayudase con sus oraciones en la ruda tarea que estaba desempeñando entre pueblos feroces é ignorantes: "Blanco de las violencias de los paganos y de las emboscadas de los malos cristianos y de los falsos sacerdotes, se veía como arrastrado por la furia de una tempestad." El infatigable misionero experimentó grandes angustias: "Desterrado en Germania, no veía ante sí más que trabajos, nada más que fatigas; al exterior la lucha, dentro de él terribles angustias." Pidió auxilios á su antiguo obispo Daniel: "El temor de Cristo y el amor á la peregrinación, le escribió, han puesto entre nosotros vastos espacios de tierras y de males; acostumbra los hombres, cuando les sucede algo angustioso y triste, buscar consuelo en aquellos cuya amistad y sabiduría les ha inspirado más confianza; por eso expongo á vuestra paternidad las ansiedades de mi alma fatigada," (2).

El celo de los misioneros no bastó para vencer los obstáculos que encontraban en su empresa apostólica. Bonifacio buscó el apoyo del papado, y Gregorio II le envió cartas que debían facilitarle el cumplimiento de su difícil misión. El papa escribió á los pueblos bárbaros á los que Bonifacio iba á predicar la palabra de Dios: "Deseando que os regocijéis con nosotros en la eternidad, donde no hay ni tribulación ni amargura, sino una gloria perpetua, os hemos enviado á Bonifacio, que os bautizará y os inspirará en la fe de Dios. Obedecedle en todas las cosas, pues le hemos enviado á vosotros, no para adquirir bienes temporales, sino para el bien de vuestras almas. Apartaos del mal y haced el bien," (3). El papa escribió al pueblo sajón: "El reino de Dios está próximo; dejad de

(1) OTHLON, *Vita Bonif.*, I, 6.—NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. III, p. 92.—*Epist. Bonif.*, III.

(2) BONIFAC., *Epist.*, IX, XVI, XIV, XII.

(3) BONIFAC., *Epist.*, CXX, p. 165.

buscar vuestra salud en los ídolos de madera ó de piedra... Desnudad al hombre viejo y vestid al Cristo nuevo, deponiendo la cólera, la malicia y las blasfemias... El día toca á su fin; haced buenas obras para que el Cristo habite en vosotros," (1).

Esas exhortaciones espirituales habrían producido poco efecto en los rudos habitantes de la Germania; y aun cuando la creencia en el fin del mundo jugó gran papel en la conversión del mundo antiguo, mundo decrepito y agonizante, ese resorte movía muy poco á pueblos jóvenes y llenos de porvenir. Para convertir á naciones guerreras se necesitaba que el misionero se apoyase en la espada del guerrero; por eso las cartas de recomendación de Carlos Martel fueron más eficaces que las del obispo de Roma. Armado de tan poderoso concurso, Bonifacio se atrevió á echar abajo los árboles sagrados y á prohibir el culto de los ídolos; sus progresos fueron rápidos y grandes. El advenimiento de Pipino identificó la causa de la nueva monarquía con la de la religión; no se sabe si los ejércitos de los Carlovingios fueron más útiles á los misioneros que éstos á los Carlovingios.

Hubo poblaciones que rehusaron obstinadamente el bautismo y que no cedieron más que á la fuerza. Bonifacio renunció su arzobispado de Maguncia á la edad de setenta años, después de treinta y ocho de apostolado, para predicar el Evangelio á los Frisones y los Sajones, sin que se le ocultara el peligro de esta última misión; nombró á *Lul*, su discípulo más querido, arzobispo de Maguncia, diciéndole: "Voy á concluir el camino que he emprendido. Se aproxima el tiempo de mi muerte y el día de mi libertad." Atacado por los paganos, no quiso que sus servidores le defendiesen: "La Escritura manda que se vuelva bien por mal. El día tanto tiempo deseado, el día de mi libertad, ha llegado ya. No os atemoriceis ante aquellos que matan el cuerpo; ellos no pueden matar el alma inmortal. Regocijaos en el Señor, y poned en él vuestra esperanza," (2).

El monje Winfriedo recibió del papa el nombre de *Bonifacio*; bien merecía el título de bienhechor el que lo fué de la Germania. Tenía las altas cualidades de la raza anglo sajona, que no son las de una grandeza que deslumbra y arrebata, sino las de

(1) BONIFAC., *Epist.*, CXXI, p. 166.

(2) WILLIBALD., *Vita Bonif.*, c. XI, §§ 33 y siguientes.

una energía y una perseverancia que dominan á las cosas y á los hombres; y por efecto de esas prendas pudo vencer los obstáculos que encontró en su misión. Los protestantes han empequeñecido al apóstol de Alemania, así como rebajaron al papa Gregorio. No queremos responder á las acusaciones de violencia, de ignorancia y de fraude que han dirigido contra Bonifacio (1), y que son una triste prueba de la obcecación de las sectas. Los protestantes han convertido en un crimen el celo del apóstol de la Alemania por la autoridad del papa, siendo de lamentar que esas recriminaciones hayan encontrado eco en el seno de la Iglesia gálica (2). Su abnegación era real; pero era tan poco ciega, que Bonifacio reprochó alguna vez al papa sus culpas, instándole á corregirlas (3). Después de todo, la dependencia de la Iglesia alemana era una necesidad. ¿Acaso no tenía el papado por misión el educar á las poblaciones bárbaras convertidas por el apóstol de la Germania? ¿Era posible una Iglesia alemana en el siglo VIII? ¿Podía ser fundada una Iglesia cristiana por una nación pagana?

Un teólogo católico reprocha, no sin razón, á los escritores protestantes su ingratitud para con el bienhechor de su patria (4). Bonifacio inició á la Alemania en la vida intelectual al propio tiempo que en la vida moral. Una colonia de monjes anglo-sajones fué la encargada de la instrucción de los Bárbaros, y la educación de sus mujeres fué confiada á religiosas. Una de éstas merece un lugar en la historia de la civilización al lado de Bonifacio: *Lioba* fué la institutriz de las mujeres de la Germania. Educada en un monasterio inglés, "se aplicó, dice su biógrafo, más que al trabajo manual, á la Escritura Santa. Á más del Antiguo y Nuevo Testamento, conocía los escritos de los Santos Padres, los decretos de los concilios y el derecho eclesiástico.", Bonifacio fundó para ella el monasterio de Bischorheim, que proveyó de superiores á todas las abadías germánicas (5).

(1) MOSHEIM, *Hist. eccl.*, siglo VIII, 1.ª parte, c. 1. — HENKE, *Geschichte der christlichen Religion*, t. 1, p. 492. — GIESLER, *Kirchengeschichte*, t. II, p. 22.

(2) *Hist. literaria de la Francia*, por los Benedictinos, t. IV, página 106.

(3) BONIF., *Epist.* CXXXII, p. 183. — GUIZOT, loc. XIX.

(4) BERGIER, *Diccionario de teología*, en la palabra Alemania.

(5) *Vita S. Liobæ*, en MABILLON, *Acta Sanct. sæcul.* III, P. II, página 251. — NEANDER, *Geschichte der christlichen Kirche*, t. III, página 104.

La influencia de Bonifacio no se limitó á la Alemania: sometiendo á la silla apostólica las poblaciones cristianas de la Germania y de las Galias, contribuyó á fundar el papado, el cual, como órgano de la Iglesia, fué el elemento civilizador de la Edad Media; y la civilización, nacida del contacto del cristianismo y de los Germanos, constituye la unidad y la grandeza del mundo moderno. Una parte de esa gran obra pertenece al monje que se atrevió á penetrar en los desiertos de la Germania allá por el siglo VIII.

§ IV.—Conversión de los pueblos del Norte.

San Anscario (1).

La misión del imperio carolingio era la de difundir el cristianismo por el mundo bárbaro. Carlos Martel y Pipino dieron el apoyo de su nombre al apóstol de la Germania. Carlomagno luchó durante treinta años con la raza indomable de los Sajones, y la conversión de los vencidos, manchada con la violencia, no aprovechó más que á su posteridad. Luis el Bondadoso, más afortunado que el gran conquistador, propagó el Evangelio por medio del pacífico trabajo de las misiones. El pusilánime hijo de Carlomagno ha sido zaherido, durante su vida y después de su muerte, como indigno sucesor de su padre. Hagamos justicia, cuando menos, á su celo en favor de la fe cristiana. Consideraba los intereses de la religión como el primer deber de un emperador (2), y la extensión del cristianismo tenía más precio, á sus ojos, que la gloria de las armas (3).

La Dinamarca se hallaba desgarrada por las facciones enemigas; uno de los pretendientes al trono pidió auxilios al rey de los Francos, y Luis el Bondadoso le exigió que abrazara el cristianismo, manifestándole que, si adoraba al Dios de los cristianos, la religión formaría entre ambos un lazo estrecho, y que el pueblo franco estaría dispuesto á

(1) La vida de San Anscario, apóstol del Norte, fué escrita con piedad y amor por su discípulo RIMBERTO (PERTZ, II, 683).

(2) *Præcept. de ord. monast.* (BALUZE, I, 675): *Imperatorii regiminis officio commoremur, ut pro Ecclesie statu, atque sancte religionis augmento impigro semper vigilemus affectu... Postquam, Deo auspicio, imperium poternum suscepimus, studii nobis maximi semper fuit ut Domini Ecclesie, ejus magnificentia humilitati nostræ divinibus commissa, felicibus polleret successibus.*

(3) *Præceptum de Paganis ad Christianitatem invitandis* (BALUZE, I, 681).

marchar en su auxilio. A instancias del emperador, el príncipe abrazó el Evangelio con sus guerreros; Luis el Bondadoso buscó con diligencia algún piadoso personaje que pudiera acompañarle á Dinamarca y le fortaleciese á él y á los suyos en la fe cristiana; habló de ello en la asamblea de los grandes, pero ninguno de ellos pudo indicarle un hombre de celo bastante para emprender un viaje tan peligroso. Entonces Wala, abad de Corbia, dijo que él tenía en su monasterio un monje muy á propósito para la obra de la conversión, y que se llamaba Anscario. Llamado éste á la corte, declaró que estaba pronto á sufrirlo todo por el servicio de Dios. Los que acompañaban al abad Wala quedaron admirados de aquella resolución, y no comprendían cómo Anscario podía resolverse á abandonar su patria, sus parientes, los religiosos con los cuales había sido educado, para irse á meter entre pueblos desconocidos y bárbaros: trataban de disuadirle unos, otros le dirigían violentos reproches. Que se recuerde bien que el misionero iba á verse entre los terribles Normandos, los cuales habían ya esparcido el terror entre los Francos, y se admirará el valor de aquél y se comprenderá fácilmente la sorpresa y el temor de sus compañeros. Era tal ese terror, que el abad del monasterio no se atrevió á mandar ninguna de sus gentes para que acompañasen al atrevido misionero, toda vez que una orden semejante se creía equivalente á una sentencia de muerte. ¿Qué es lo que daba á Anscario fuerza para arrostrar peligros á los cuales no querían exponer á un esclavo? Una profunda fe que, en un espíritu dado al éxtasis, llegaba hasta el punto de creerse en comunicación directa con la divinidad. Y, en efecto, Anscario creyó oír una voz que le decía: "Vé y vuelve á mí coronado con la corona del martirio.", En medio de las angustias que le causaba el pecado y la debilidad de la naturaleza humana, solía exclamar: "¡Señor! ¿qué debo hacer para la remisión de mis faltas?", Y una voz le respondió: "Vé á predicar la palabra de Dios á los paganos", (1).

La misión fracasó en Dinamarca: la conversión del príncipe dinamarqués excitó contra él la animosidad de los guerreros del Norte, y se vió obligado á buscar un refugio en el imperio de los Fran-

(1) *Vita Anscarit*, c. 3, 9.

cos (1). Por ese mismo tiempo (829) llegaron á la corte de Luis el Bondadoso embajadores suecos, encargados, entre otras cosas, de declarar que muchas personas de su nación deseaban abrazar la religión cristiana, y pidiendo al emperador que les enviase sacerdotes para instruirlos, asegurándole que el rey les dejaría en libertad para predicar. Anscario aceptó esta nueva misión; y para protegerla, se le nombró arzobispo de Hamburgo, centro de la propaganda del Norte. Los terribles Normandos y el poder aún palpitante del paganismo estuvieron á punto de destruir todos los trabajos del misionero. Hamburgo fué tomada y reducida á cenizas; el incendio consumió la iglesia, los monasterios y la biblioteca, y Anscario perdió en un momento el fruto de sus largos trabajos; pero no perdió su confianza en Dios, y repitió con Job: "El Señor me lo ha dado, el Señor me lo ha quitado; bendito sea el nombre del Señor.", El mismo año, los paganos sublevados arrojaron de Suecia al sacerdote que había enviado Anscario. Pero en el momento en que todas sus esperanzas parecían desvanecerse, una visión celeste vino á fortalecer el ánimo del misionero: el abad Adelardo de Corbia se le apareció y le dijo que estaba llamado á llevar la luz del Evangelio hasta las islas más apartadas (2).

Luis el Bondadoso empleaba frecuentemente á Anscario como embajador, y el celo del misionero aprovechó aquellas relaciones para ganarse la confianza de un príncipe dinamarqués. Erico apreciaba á Anscario extraordinariamente; le permitió levantar una iglesia en su reino y predicar en ella la palabra de Dios. Cuando el misionero se decidió á reanudar sus trabajos apostólicos entre los Suecos, Erico le dió una carta de recomendación para el rey de Suecia. En ella le decía "que conocía perfectamente al servidor de Dios que el rey Luis le enviaba; que no había visto jamás un hombre tan bueno ni encontrado persona de tan grande buena fe. Por esto es por lo que le he permitido, añadía Erico, todo cuanto ha querido en mi reino para establecer la religión cristiana, y os pido que hagáis lo mismo, porque él no desea más que hacer bien.", El rey recibió favorablemente al misionero; pero le dijo que no podía concederle el permiso de predi-

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, p. 10.

(2) *Vita Ansch.*, c. 16, 25.